

CRISTIANISMO DE EMERGENCIA

Hace sólo unos días que brotó nuevamente el canto de esperanza de la Iglesia: "Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere. La muerte no tiene ya señorío sobre Él" (Rom 6,9). Precedieron tres días de acorde doloroso; contemplación serena del misterio de Cristo paciente. Sabia pedagogía de la Iglesia que pone ante nosotros, año tras año, un misterio de muerte—misterio de vida. Nuestra fe necesita el retablo viviente de una liturgia santa—renovación, recuerdo, incorporación vital al misterio— para entender a Cristo y entender a la Iglesia. No nos basta creer "sencillamente" y archivar nuestra fe en un rincón del alma. La vida tiene aristas, muchas de ellas profundas y aparentemente sin sentido, que pueden arañar la tersura de nuestra fe. Somos como esos niños distraídos que olvidan momentáneamente las verdades más simples hasta que el profesor les recuerda al oído una palabra clave.

¿Quién no ha comprendido alguna vez el sentido del propio dolor, hecho "cristo" con Cristo un Viernes Santo, o injertando en su sangre la alegría de la Pascua? Sin embargo, la "vida", esa realidad mezquina o apasionante según nuestros propios ángulos de visión, nos absorbe de nuevo en su torbellino y nos roba la luz. Es

EVION

PROYECCION

terrible esta brega continua con la vida. Sobre todo, si en la lucha diaria nos falta serenidad para asirnos a Cristo y a la visión del mundo que el Padre nos revela en su Persona. Porque entender a Cristo y a su Iglesia es entender la vida de los hombres. La de otros y la nuestra.

Hay períodos en la historia de los hombres, en los que el dolor hace su aparición con caracteres de catástrofe. En esas ocasiones (hombres que mueren repentinamente, terremotos, inundaciones, cosechas arrasadas...) los pueblos sacuden su rutina para hacerse presentes, en obras o en espíritu, a los hombres que sufren. Son días de compasión. A veces, pocos días. Se comenta el periódico, se discute, se reza... Unos pocos (Dios solo sabe el número) se lanzan a la calle en socorro valiente del que ha perdido todo y lo traen a su casa como un hermano más. Unos pocos; no todos. Hay muchos que se encogen de hombros, más o menos piadosamente, y acechan el periódico aguardando el momento del respiro: "La catástrofe ha sido dominada". "Ya podemos —se dicen— salir nuevamente a la calle sin temor de encontrarnos la miseria al volver una esquina". ¡Pobres hombres sin riesgo, asidos al dinero o a la comodidad como a valor supremo! Su salvación —los pobres no lo saben— estaría en salir de sí mismos y visitar al Cristo doliente del refugio improvisado ofreciéndole sin cálculos ni aspavientos algo de lo "superfluo" o de lo "necesario". Que cuando se ama de verdad nos irritan los cálculos.

Las catástrofes siempre son un examen de conciencia colectivo. De ordinario suceden sin aviso, sin que haya intervenido para nada la previsión prudente de los hombres; son las catástrofes absolutamente imprevisibles. Ante ellas sólo cabe la entereza cristiana de aceptar el dolor "sin oscurecer la Providencia con discursos vacíos de sentido" (Job 38,2) y hacer lo posible por remediarlo. El dolor para el hombre será siempre un misterio. Pero al saber que Dios, Sabiduría infinita, lo ha cargado en sus hombros, creemos que la muerte es redención y semilla de gloria. Aunque el corazón sangre.

Hay otras catástrofes que pudieron ser previstas a largo plazo. Todos, sin embargo, nos encogimos de hombros y esperamos que

PROYECCION

otros previeran su parte y la nuestra. ¡Como si la Providencia quisiera liberarnos del esfuerzo individual por ayudar a resolver los problemas colectivos! Sucedió de improviso. Aquel dolor lejano, confusamente temido, arrolló las compuertas del tiempo. Era un visitante desagradable, sí; pero no un desconocido. Nos mandó muchas veces su tarjeta enlutada. Nosotros la rompimos. Llegamos a creernos que era un juego más en esta gran farsa de la vida. Y nos equivocamos.

El pasado está ahí, con su balance trágico. Junto a él, la respuesta luminosa de los que sacrificaron comodidad, independencia y dinero, en favor del que sufre. Estos probablemente han comprendido de una manera nueva el misterio de Pascua. Arrojaron de sus almas el viejo fermento de un absentismo a ultranza. Son un nuevo "pan ázimo" de sinceridad y de verdad.

La historia se repite. ¿Serán diez, treinta años? No podemos saberlo. Es hora, sin embargo, de un examen a fondo de nuestra actitudes personales y colectivas ante las futuras catástrofes previsibles, no sea que nos sorprendan. Hace falta un ambiente y el ambiente lo crean los individuos. Es demasiado cómodo soñar imposiciones desde arriba cuando horizontalmente descargamos la propia responsabilidad. Eso, claro, además de inelegante sería anticristiano.

Alegar ignorancia cuando existe un problema a las puertas de casa puede ser farisaico. Contentar nuestro espíritu diciéndonos a nosotros mismos "que no somos la divina Providencia" es sólo parte de la verdad. Dios puede encomendarnos el deber de ser testigos de su amor ante un hombre que sufre y sanar su miseria con nuestra abundancia. Adoptar la actitud de "los que van de vuelta", anclando nuestro espíritu en la persuasión de la inutilidad del esfuerzo privado ante los problemas nacionales, puede ser egoísmo. Sólo un amor profundo a la verdad —dolorosa y alegre al mismo tiempo— de nuestro cristianismo como actitud total ante la vida, podrá liberarnos de nuestra vieja inercia. Vale la pena pensarlo.